

# LA TRANSMISIÓN CULTURAL HISPANA Y EL *RENACIMIENTO CAROLINGIO*

**Javier García Turza**

Universidad de La Rioja

Entre los objetivos a desarrollar a lo largo de estas paginas están, en primer lugar, los de dar a conocer algunas de las reflexiones llevadas a cabo a partir de nuestras ultimas investigaciones sobre los glosarios alto-medievales hispanos, con el propósito firme de encontrar respuestas al papel que le tocó jugar a Hispania en el denominado “Renacimiento Carolingio”. En segundo término, queremos alertar sobre la imagen tan raquítica y negativa que sistemáticamente los distintos estudiosos han venido concediendo al papel desempeñado por lo hispano en el desarrollo de la cultura europea. Por lo tanto, aquí y ahora se van a realizar una serie de apuntes sobre ciertas lecturas realizadas –hemos de decir que la bibliografía es muy abundante– y ofrecer aquellos aspectos novedosos sustentados en nuestras investigaciones lexicográficas actuales.

1. La preocupación de Carlomagno por conseguir una administración eficaz y un aprovechamiento rentable de los recursos económicos tuvo su traducción en el campo de la cultura en lo que se ha llamado el “Renacimiento Carolingio”; esto es, el esfuerzo por reunir y preservar la herencia de la Antigüedad romana. Fue esta una etapa de recogida de la tradición cultural antigua en los términos en que –esto me parece muy importante– los obispos visigodos y los monjes irlandeses e italianos la habían mantenido entre los siglos V y VIII.

Pero es que, además, para J. Paul esta reforma cultural promovida por el rey francés era un aspecto de su programa de reconstrucción y reorganización religiosa: a decir verdad, la vida intelectual parece haber sido durante mucho tiempo el pariente pobre de esa reforma como consecuencia de la falta de hombres adecuados. Así, el lugar que se reserva a la cultura en la *Admonitio generalis*, capitular de 789 referente a los estudios, es insignificante. En efecto, en este texto Carlomagno afirmaba la necesidad de crear “escuelas para la instrucción de los jóvenes” y “corregir en cada monasterio u obispado los salmos, las notas, los cantos, el cálculo, la gramática y los libros católicos, pues algunos, cuando desean rezar bien a Dios, lo hacen mal porque los libros no están corregidos”.

El examen de este programa demuestra que, en general, versaba sobre cuestiones litúrgicas y, por tanto, en él se trataba de problemas fundamentalmente religiosos, en los que quedaba muy claro que la preocupación fundamental era la exactitud en la proclamación pública de las palabras sagradas; pero en ellos también se demuestra un interés, en apariencia muy alejado de lo anterior, por las notas, el cálculo y la gramática, disciplina ésta fundamental para la comprensión de cualquier texto.

En esencia, se trataba de una cultura latina, bíblica y humanística que se había transmitido en los círculos minoritarios de la aristocracia eclesiástica. Ahora bien, Carlomagno trató de difundirla, en primer lugar, por el conjunto de su reino y, con el cambio de siglo, por su Imperio. Para ello recurrió a los clérigos, que presentaban mayor preparación y potencialidad intelectual. Estos serían los encargados de formar los cuadros administrativos imperiales, los únicos capaces de satisfacer las necesidades, cada vez mayores, provocadas por la complejidad geográfica, política, institucional y lingüística del Imperio.

Una gran parte de la bibliografía existente nos informa de que este proceso cultural había cristalizado gracias a la presencia en el panorama europeo de varios autores, como Boecio, Casiodoro, Isidoro de Sevilla, Gregorio Magno y Beda el Venerable; y que sus obras se habían refugiado en los *scriptoria* de las escuelas monásticas o catedralicias. Jarrow y York en Inglaterra, Luxueil y Saint Denis en Francia, Bobbio y Monte Cassino en Italia, eran a mediados del siglo VIII los mejores garantes de la tradición romana. No obstante, a partir de mediados de la centuria siguiente, una serie de generaciones comienzan a ofrecer resultados más originales.

En cuanto a los resultados obtenidos en los *scriptoria* eclesiásticos, los libros fundamentales eran, sin duda, las Escrituras, los evangeliarios y sacramentarios, imprescindibles en la celebración del culto. De ahí que todas las iglesias los necesitaran y que su demanda provocase una copia frecuente. El libro como tal no era solamente un texto; en realidad se tenía como un auténtico objeto litúrgico que solía guardarse, dependiendo de su calidad material, de sus miniaturas y de su caligrafía, en el propio *tesoro* de la iglesia junto a las obras de arte. Podía llegar a ser, por lo tanto, un objeto de prestigio y de regalo. Sin embargo, otras veces el saber eclesiástico descansaba en autores secundarios y en sus obras, cuya importancia parece excesiva con relación a las grandes aportaciones intelectuales. Tal es el caso de las compilaciones de derecho eclesiástico y las reglas monásticas y los comentarios que las acompañaban, que igualmente solían ser documentos indispensables. Lo mismo se puede decir de las vidas de santos, que habían de servir para estimular la piedad. Se trata, en general, de obras útiles y sin gran valor intelectual.

Por su parte, los autores paganos no fueron dejados de lado. En efecto, las bibliotecas monásticas de Inglaterra y de Francia se llenaron de textos latinos clásicos o patrísticos procedentes de la producción de alrededor de ochocientas personalidades de la cultura europea. Así por ejemplo, la retórica sólo se aprendía con el estudio de los escritores clásicos. Destacaban Virgilio y Terencio, que estaban presentes en todas las bibliotecas; algo menos Ovidio, Horacio, Estacio y Marcial. Sin embargo, aquellos estudiosos o eruditos medievales que deseaban profundizar en algún dominio del saber antiguo, se centraban en las obras de compilación y en los resúmenes de la antigüedad tardía.

Por otro lado, los gramáticos de la Antigüedad eran los autores más solicitados. Donato, Cicerón y Prisciano estaban presentes en todas las bibliotecas. No sucedía lo mismo con las obras de Servio, Diomedes, Dositeo y Quintiliano, mucho menos frecuentes. Por su parte, la enciclopedia de Marciano Capella no hacía en ese momento sino comenzar su importante carrera. No es de extrañar, por tanto, que las bibliotecas conservasen ante todo los textos de los que se servían los maestros para enseñar a sus alumnos las artes del lenguaje. En resumen, las obras profanas están peor representadas y, si exceptuamos las de los gramáticos, este fondo parece poco coherente y muy dispar. En otras palabras, se copiaban mayor número de obras de los Padres de la Iglesia que de Cicerón.

De los maestros con que contó Carlomagno en su corte, en su mayoría fueron extranjeros. En Francia, la tradición cultural antigua se vio interrumpida antes de finales del siglo VI y no existía ya una aristocracia formada en las letras profanas por transmisión hereditaria. Además, entre los francos, y sobre todo en Austrasia, había que aprender el latín como una lengua muerta. Por lo que respecta a las Islas Británicas, los centros de cultura de la Antigüedad no sobrevivieron a las grandes invasiones, y los misioneros enviados por Gregorio Magno, y más tarde por sus sucesores, aportaron junto con el cristianismo el conocimiento del latín, numerosos libros y una cultura ya clerical; en resumidas cuentas, un saber ya cristianizado, aunque también jugó un importante papel como vehículo de elementos tanto profanos como materiales. Ahora bien, la lengua latina no se apoyaba en ninguna otra vernácula; se aprendía en las escuelas y bibliotecas para las necesidades del culto y de la predicación de la fe. Por lo tanto, no parece que el latín tuviera ninguna otra utilidad. No obstante, los eruditos ingleses se decantaron por el latín clásico, de expresión clara, correcto desde el punto de vista gramatical y basado en los mejores autores. Todos estos aspectos hacían del latín resucitado una lengua pura, un instrumento de vocación universal, que rápidamente se expandirá por el continente a partir de las obras de los maestros anglosajones.

El origen de este saber sigue siendo bastante misterioso y existen todavía discrepancias respecto al alcance exacto de la influencia irlandesa. Sin embargo, una cosa parece resultar cierta: los irlandeses, a través de sus monjes misioneros, ejercerían una considerable influencia sobre los centros culturales anglosajones y sobre los numerosos monasterios que fundaron en el continente.

Por contra, las tradiciones de la cultura antigua habían subsistido más tiempo en Italia y en España, hasta el punto de que la élite laica no carecía de bagaje intelectual. En Italia, Roma seguía siendo un centro de cultura religiosa indiscutible, con grandes contactos con el mundo helénico. Por otro lado, se nos viene diciendo que en la Península italiana la diferenciación entre el latín y la lengua hablada no estaba bien realizada. Consta que en el siglo IX en Lombardía se predicaba todavía en latín, ciertamente un latín bastante simple. Así mismo, la Península Ibérica apenas sufrió las grandes invasiones “bárbaras”, y la cristianización de sus gentes se realizó prestando gran atención a los conocimientos concretos y positivos. De ahí que su territorio se convirtió durante mucho tiempo en depósito de tradiciones.

En resumidas cuentas, el despertar cultural franco fue mucho más tardío y se sirvió de los hombres y de las experiencias de las regiones vecinas. El “Renacimiento Carolingio” revitalizó una lengua y un saber más próximos al ejemplo inglés que a la prolongación cultural de Italia y España. Efectivamente, los textos oficiales nos indican que la exactitud gramatical tenía como único objetivo comprender y servir correctamente la palabra de Dios, factor coincidente con el programa cultural inglés.

2. En el Occidente europeo, especialmente alrededor del Mediterráneo, lo que permanecía vivo en esa cultura fue pasando al servicio de la Iglesia. Es necesario advertir que el cristianismo con sus Escrituras, su fe y su liturgia no podía prescindir de una expresión intelectual tan rica como la que recibió desde la Antigüedad. En este sentido, habrá que afirmar que la Iglesia altomedieval se proclama heredera de una religión erudita y cultivada, elaborada con gran esfuerzo por los Padres de la Iglesia en un contexto totalmente diferente. Sólo era necesario que los tiempos fueran menos agitados para que ese legado fabuloso pudiera ser revitalizado. El deseo monástico de perfección, los brotes de fervor o la simple piedad de los reyes pedían, en formas diversas, esa renovación cultural tan necesaria para la vida espiritual.

Pero esto no se produjo sin problemas. Las discusiones intelectuales más significativas hasta el siglo V van a tener su raíz en la disputa acerca de si un cristiano debía aceptar o no la herencia intelectual de un mundo que no había conocido al Dios verdadero, sobrentendiéndose que esa herencia implicaba dos niveles. De un lado, el depósito cultural, filosófico, artístico y literario, grecorromano, en el que se habían formado los propios “Padres de la Iglesia”; pero de otro, y más importante, una peculiar concepción del mundo y del hombre, en que entraban en conflicto el pensamiento griego, con su dualismo de alma y cuerpo, y la tradición hebrea de un ser humano total. El debate entre las dos posiciones, de acogida y rechazo de una cultura pagana, se fue saldando con la aceptación de la tradición grecorromana.

Como consecuencias de este debate, en Occidente se va sustituyendo el griego por el latín, un latín que se fue relegando a un segundo plano como lengua viva y reforzó su papel de lengua de cultura en el conjunto de la Europa occidental, que se convertirá a la vez en lengua litúrgica y cultural. Además, triunfa el enciclope-

dismo frente al pensamiento original, actitud lógica en una sociedad menos preocupada por la cultura que por la inmediatez de otras necesidades. No debemos olvidar que las invasiones germanas no tuvieron un empeño deliberado en arruinar la herencia romana que admiraban, aunque contribuyeron a acelerar su decadencia mediante la destrucción de algunas bibliotecas y la desaparición de escuelas. Precisamente, la reducción del número de escuelas y la sustitución de las antiguas públicas por las de carácter monástico y episcopal fueron procesos lógicos, pero no excesivamente rápidos. Poco a poco, se fueron consolidando las escuelas monásticas y episcopales. Al mismo tiempo, se produce un descenso del nivel de preparación de los religiosos, que para san Bonifacio (675-754) no superaba el analfabetismo. Cualquier reforma eclesiástica debería ir acompañada de la restauración de los rudimentos de la cultura; un clero ignorante era incapaz de conocer la ley de Dios y de enseñarla al pueblo. Para resolver el problema, era necesario comenzar por los rudimentos, es decir, por la gramática latina. Esa concesión a las letras profanas no implicaba un gran compromiso.

3. La solución vendrá de la mano de la creación del *corpus* cultural cristiano, fundamento intelectual de Europa, al menos, hasta el siglo XII. En opinión de Fossier, este *corpus* fue el resultado más permanente del quehacer de estas escuelas monásticas y episcopales de los siglos VI a VIII, aunque los cimientos los pusieron tres hombres, Boecio (480-525), Casiodoro (480-575) y Gregorio el Grande (543-604). El primero tradujo del griego al latín los principales textos de Aristóteles, la geometría de Euclides y la astronomía de Ptolomeo, y aportó un bagaje de definiciones y un latín instrumental muy útil para las especulaciones filosóficas y teológicas. Por otra parte, Casiodoro persiguió el objetivo de crear una especie de universidad cristiana, pero fracasó. Su legado, sin embargo, no fue pequeño. En las *Instituciones*, elaboró un auténtico manual de las siete artes liberales, integradas en tanto que ciencias profanas en el interior de una cultura sagrada; mientras que, a su vez, legó un tratado de ortografía y transcripción de textos que constituirá un instrumento de trabajo muy utilizado por los copistas de los escritorios monásticos. Por último, el papa Gregorio el Grande, un gran letrado, insistió en el camino marcado por Casiodoro de que el objetivo de las artes liberales no era otro que el de preparar la mente para comprender mejor la palabra de Dios. Fue un excelente pedagogo, que tuvo sobre todo mucha influencia a través de sus *Diálogos* y de la *Pastoral*.

En general, fueron colaboradores o funcionarios en la corte del rey ostrogodo Teodorico; pasaron por la escuela antigua en Italia; sus obras transmiten una lucha contra las “ciencias exteriores”, que las consideraban instrumentos para llegar a la comprensión de la palabra de Dios y de las cosas espirituales, y contra la cultura moral pagana, desprovista de referencias a Cristo y muy alejada de la que buscaban los monjes. Así mismo, su obra posee un carácter enciclopédico. En efecto, sus trabajos se suelen estructurar en un auténtico manual de las siete artes liberales (gramática, retórica, dialéctica, aritmética, geometría, astronomía y música), integradas en tanto que ciencias profanas en el interior de una cultura sagrada.

Sin embargo, nada vienen a decir del papel cultural jugado por Isidoro de Sevilla y por otros autores hispanos de los siglos VIII y IX, así como de los centros culturales peninsulares. En resumidas cuentas, se desdeña el papel de lo hispano como conformador del *corpus* cultural cristiano. Es más, si partimos de la formulación, también bastante generalizada, de que una gran parte de la tradición clásica romana la salvaron los escritorios monásticos carolingios, deberíamos plantearnos varias cuestiones referidas a la Península Ibérica. Como qué sucede, en este supuesto, con los cientos de manuscritos de origen hispano conservados tanto en España como en Europa. ¿Hemos de pensar, como en muchas ocasiones se hace, que fueron importados –pero no elaborados– desde España?

Por el contrario, para García de Cortázar y Sesma Muñoz, el cuarto de los creadores del *corpus* cultural altomedieval fue Isidoro de Sevilla (ca. 570-636), obispo de dicha ciudad y beneficiario de la tradición cultural de la escuela episcopal y monástica sevillana, en donde eran frecuentes las obras de autores latinos paganos, tanto historiadores como retóricos o tratadistas. El autor hispalense compuso una magna enciclopedia, las *Etimologiae* u *Orígenes*, que en veinte libros resumía los conocimientos de la Antigüedad, poniéndolos al servicio de la ciencia cristiana. Fijó también los cimientos de la historiografía peninsular, “al hacer de Hispania una unidad de destino bajo la jefatura de la monarquía visigoda”. Igualmente se afirma que la difusión que tuvo la obra hizo de ella un manual presente en todas las bibliotecas monásticas de la Edad Media.

Para hacer balance de la aportación de Isidoro a la labor cultural europea debemos fijarnos en primer lugar en J. Paul. Para este investigador, Isidoro sentó los fundamentos de toda la cultura medieval. En ese mismo sentido, Fontaine apostilla

que la tradición cultural isidoriana aportó a Europa algunas obras fundamentales, que supieron utilizar a su vez los eruditos carolingios. Magnífico corolario, pero incompleto e insuficiente. Incompleto porque en estos extremos parece quedarse todo el aporte de Isidoro a Europa; insuficiente porque a la hora de estudiar el “Renacimiento Carolingio” apenas se refiere su nombre. Pero no sólo eso. Los escritores antiguos siguieron gozando de singular prestigio, porque lo que en ellos importaba era su carácter de autoridades, el aire de erudición y lejanía que conferían. Así, en opinión apodíctica de Díaz y Díaz, podemos estar seguros de que conoció a muy pocos autores de manera directa y suficiente. Además, su peculiar orientación gramaticalista y etimologista impuso, por su prestigio, un regusto por la clasificación, enumeración y definición, haciendo la ciencia y el saber discursivo más bien taxonómico. Por estos motivos, Isidoro preferiría buscarlos ya adaptados y recortados que apreciar su mensaje completo.

Mucho más claro resulta a los estudiosos la evolución del *corpus* cultural cristiano, que necesitó para su propagación de monjes y de clérigos. No parece ofrecer duda la afirmación de que Irlanda recibió de Aquitania e Hispania su nueva cultura, y de allí los monjes irlandeses la desperdigaron por el continente. De esa manera, la evangelización de Inglaterra condujo a la eclosión de numerosos centros de cultura.

En este ambiente cultural aparece Beda el Venerable (672-735), que sin duda fue un producto del cristianismo celta irlandés en tierras de Inglaterra, en una región ajena a la tradición latina. La tarea de Beda se desarrolló en algunas de las escuelas de Northumbria en que había tenido lugar el encuentro entre misioneros irlandeses y romanos. Éstas se hallaban en contacto con las fundaciones irlandesas del continente, como Luxeuil, Bobbio o San Gall.

Su éxito procede del método de trabajo y del de enseñanza: sigue una línea de simplificación de los contenidos de la herencia clásica, que a su vez —no lo olvidemos— él toma ya resumidos, en buena parte, de Isidoro de Sevilla.

Cuando muere Beda, su discípulo Egbert recibió como oblato al joven Alcuino, nacido hacia el 730, y le transmitió este nuevo programa que, al parecer, había dado a Inglaterra una indiscutible superioridad intelectual. Por su labor cultural, Alcuino fue el “maestro de la Europa carolingia”.



En general, puede concluirse que Isidoro y la cultura hispánica han gozado de un tratamiento historiográfico gris, pobre en ocasiones. De ahí que urja llevar a cabo un replanteamiento del problema con el fin de conseguir evidenciar las aportaciones de los distintos territorios y de las personas que los habitaron. Ello permitirá superar la visión reduccionista de nuestro pasado altomedieval, que responde, en parte, a la historiografía dedicada al mundo carolingio. Para Adeline Rucquoi, estos historiadores no ignoran la Marca hispánica e integran la futura Cataluña en los márgenes meridionales del Imperio; sin embargo, ignoran la evolución de los reinos cristianos noroccidentales. Esta visión finalizará cuando comience a estudiarse el Camino de Santiago y la Orden de Cluny. A partir de entonces, la imagen que se ofrece es la de una España inculta durante los siglos XI y XII, con una liturgia atrasada y con un clero simoníaco y nepótico. Por contra, la incorporación de España a Europa mediante la adopción de la liturgia romana y la letra minúscula carolina ha sido y sigue siendo presentada como obra de “franceses”, cluniacenses en su mayoría.

Esta situación nos debería hacer reflexionar sobre el papel finisecular jugado por los distintos pueblos, culturas o grupos que “nos invaden”. Siempre y desde fuera –proviengan del norte o del sur–, los recién llegados nos pacifican, nos devuelven el orden político perdido y nos culturizan. En resumen, parece que, según algunos estudiosos, su papel en el desarrollo Peninsular es fundamental e indiscutible. Ahora bien, ¿dónde está la población hispana, tan desarrollada en muchos aspectos en los siglos VI y VII? ¿Vamos a seguir propiciando la tesis de que una horda de musulmanes deseosos de sangre, violencia y venganza siembra el terror en toda la Península y provoca la huida casi generalizada de los hombres de cultura? O, por el contrario, ¿convendría pensar en un ambiente muy diferente, en el que los cambios sustanciales y tajantes son improbables, y en el que la población nativa, muy superior en número y también en cultura a los recién llegados, seguirá manteniendo, aunque sólo sea por pura dinámica e inercia, el recuerdo de la cultura latina?

No cabe ninguna duda de que para la historiografía del siglo XIX España formaba parte de la “periferia” del mundo medieval. En esa centuria los márgenes europeos se correspondían con los de un ámbito geográfico que giraba alrededor de los auténticos poderes industriales. A saber: Inglaterra, Francia y Alemania. Estos países fueron los protagonistas a la hora de elaborar la ciencia histórica moderna.

Para ello toman como eje vertebral la importancia de su modelo económico y social contemporáneo y lo trasplantan a la Edad Media. Consecuencias: un anacronismo evidente y un desvío de la realidad histórica sin justificación.

Ahora bien, sin negar la importancia del centro de Europa durante la Edad Media, ¿cuál era el centro del “mundo” hace más de mil años? Si hacemos caso a *los mappae mundi* y a los geógrafos medievales, la idea de “mundo” derivaba directamente de los postulados romanos, con unos límites muy precisos: el entorno del Mediterráneo.

Esta circunstancia se aprecia en numerosos planos. Sirva de ejemplo el peso específico de la herencia romana en múltiples aspectos de la política septentrional o central europea. En primer lugar, el emperador reivindica su título de “rey de los romanos”. Así mismo, los reyes de Francia se expanden en el siglo XIII hacia Provenza y Languedoc. Por otro lado, las cruzadas constituyen una tentativa de recuperación de las costas orientales del Mediterráneo, en las que participarán el rey de Inglaterra, el conde de Flandes o los barones alemanes. Además, no se le escapa a nadie que el derecho romano y su aplicación práctica y el notariado parten de la Italia del siglo XII, después del Occidente Mediterráneo en el siglo XIII y finalmente de la Europa atlántica. Es también el Mediterráneo el que lleva a los reinos septentrionales el conocimiento de la filosofía y los textos científicos griegos a través de los comentarios árabes. En conclusión, el Mediterráneo y los reinos ribereños –afirma Adeline Rucquoi– constituyen a lo largo de la Edad Media y posiblemente hasta el siglo XVII el verdadero centro a partir del cual se organizan las “periferias”.

Con esta concepción del mundo, España se encuentra en pleno Mediterráneo, en el centro de la romanidad. Es cierto que nunca tuvo la importancia de Roma o Italia, Bizancio o Jerusalén, pero en ningún caso se le deberá considerar como “periferia”. En la Península Ibérica la Antigüedad Tardía, es decir, el mundo romano, se continúa por lo menos hasta comienzos del siglo VIII y sobrevivirá, en parte, a la dominación musulmana. Además, los reinos cristianos del norte mantendrán la tradición y su recuerdo.

Sí que es cierto que hoy en día son escasos los códices anteriores a los cruciales años 700 a la llegada de los musulmanes, pero no es menos cierto que apenas se conocen los fondos archivísticos nacionales y, sobre todo, internacionales. En ellos, sin duda, se esconde una buena parte de nuestra historia, que venimos de-

finiendo como “oscura” porque no hemos encontrado ni el soporte ni los métodos de estudio idóneos.

Pues bien, a pesar de tantos inconvenientes, sabemos que en los centros de estudio de la España de los siglos VII y VIII se atestiguaba la existencia de manuscritos con textos paganos. Del mismo modo, no resulta difícil reconocer que las antologías, las compilaciones y las obras de cuestiones circulaban con más éxito que los amplios tratados y los escritos en que se basaban. Igualmente, en Sevilla, Oviedo y Toledo existieron bibliotecas y no escasos medios en tiempo de Isidoro, en donde se podían encontrar autores cristianos como Orígenes, Hilario de Poitiers, Ambrosio, Agustín, Jerónimo, Juan Crisóstomo, Cipriano, Prudencio, Avito, Juvenco, Sedulio, Eusebio de Cesárea, Orosio, Gregorio Magno, Leandro de Sevilla, Teodosio, Paulo y Cayo; autores paganos como Terencio, Lucrecio, Virgilio, Ovidio, Plauto, Lucano y Juvenal; prosistas como Cicerón; la enciclopedia de Plinio el Viejo y las obras de Solino, Placido y Marciano Capella, todos ellos autores enciclopédicos; gramáticos como Donato, Prisciano, Mallio Teodoro, Audax, Caper y Probo; textos médicos, como los de Oribasio y Rufo, o el código de Hipócrates.

Pero es que, además, España mantuvo estrechas relaciones con el mundo bizantino y con África del Norte, que no cesarán entre el siglo VII y el X. En este sentido, se hace cada vez más necesario el rastrear y, una vez localizados, estudiar los fondos peninsulares albergados en los desconocidos archivos del Norte de África. Igualmente, al enfriarse los contactos con el Imperio de Oriente, la Península Ibérica mantendrá con Italia unas relaciones comerciales y culturales privilegiadas. Cabría aquí recordar los múltiples elementos gráficos y lingüísticos que vamos advirtiendo y estudiando en los glosarios del sur de Italia de los siglos IX y X, compendios unos generales, otros especializados –son dignos de reseñar los dedicados a las plantas y a recetas medicinales–, con claras resonancias hispanas. Igualmente, consta que los escritos de los santos Padres circulan entre el norte y el sur de la Península, como hacia Irlanda y por el mundo Carolingio.

Por último, a partir del siglo XI el movimiento de expansión común al conjunto de Europa occidental se manifiesta con la misma fuerza en la Península, entre otros elementos, por la reconquista –considerada como una cruzada–; por la recuperación de las villas de su papel social, económico y político; por la copia y la traducción de obras filosóficas y científicas; por la adopción del derecho romano; etc.

En resumen, lejos de constituir uno de los “márgenes” de la cristiandad en la Edad Media, entendemos que la Península Ibérica se sitúa en el corazón mismo del mundo medieval en lo que es la herencia del Imperio romano. Siguiendo el lema isidoriano de que “la ignorancia es la madre de todos los errores” y que el error lleva al pecado, los reyes y los grupos dirigentes favorecen la enseñanza y el conocimiento. Por eso no nos debe extrañar que sobre los grandes centros culturales, que en ocasiones se corresponden con los intelectuales de la España visigoda, aparezcan posteriormente las “escuelas” de traductores de los siglos XII y XIII; que tras la creación de las universidades se sigan las “disputas” teológicas con los judíos, o que a los canonistas del siglo XIII continúen los cosmógrafos y humanistas del XV, etc. Además, no lo olvidemos, por intermediación de la Península llegarán a Europa septentrional las primeras traducciones de Aristóteles y de sus comentadores árabes en el siglo XII, y las obras científicas griegas y árabes.

Así las cosas, al igual que comienza a atisbarse cada vez con mayor precisión en el mundo de la arqueología y de los asentamientos humanos una continuidad, lógica por otra parte, entre el mundo antiguo y el altomedieval, del mismo modo deberíamos comenzar a estudiar el proceso cultural hispano como algo nuestro, en el que se conjugan elementos derivados del mundo clásico —tan comunes a nosotros durante siglos— con otros procedentes de África y de más allá de los Pirineos. En resumen, abogamos por una continuidad social, económica y cultural de nuestra historia: basta ya de que los “bárbaros”, musulmanes y franceses hayan sido a lo largo de los siglos los conductores y los manipuladores de nuestra historia, mientras que los hispanos quedan relegados a meros espectadores del tiempo que les tocó vivir.

4. Llegados a este punto, queríamos centrar nuestro análisis en dos obras vinculadas entre sí por su filiación y composición, y muy singulares por su importancia cualitativa y cuantitativa y por su difusión; ambas, además, están directamente unidas a nuestras líneas de investigación. Nos estamos refiriendo a las *Etymologías* de Isidoro de Sevilla y al *Liber Glossarum*, el glosario de los glosarios.

Al hablar de las *Etymologías* de Isidoro de Sevilla hemos de referirnos por lo menos a dos versiones, aunque aquí por razones obvias no haremos más precisiones. La denominada de Sisebuto, porque le fue dedicada hacia el 620, de texto corto; y la rematada por Braulio hacia 659, más amplia y dividida en libros.

En su imparable difusión, ambas se encontraban ya en Francia a mediados del siglo VII o comienzos del VIII, de tal manera que se copian ejemplares en Reichenau (822), Rouen (835), Amiens (831), Murbach (840), Valenciennes (in IX), Corbie (m. VIII), etc. En resumen, la obra se extiende, no sabemos por qué caminos, hacia el norte y el este de Europa.

En relación con Irlanda, Díaz y Díaz apostilla que “fue tan grande la cantidad de préstamos que Isidoro hizo a la literatura exegética insular que no son los datos concretos referidos a cada tratado lo importante, sino la impresión que produce el conjunto, cuyo momento de máximo vigor corre entre el 700 y el 800”. Sobre Inglaterra, fue Bischoff quien llamó la atención sobre el papel que en la difusión de Isidoro jugaron los monjes peregrinos que desde Irlanda y los reinos de Gran Bretaña se expandieron continuamente por el continente desde finales del siglo VII a lo largo del siglo VIII. En efecto, en Aldhelmo de Malmesbury, a fines ya del siglo VII, encontramos el primer escritor de renombre del que se puede afirmar que tiene en cuenta y busca incluso obras del sevillano. Por su parte, Beda plagia, imita y discute abundantemente a Isidoro. Llama la atención el hecho de que en transmisión inglesa se conserva casi una veintena de manuscritos isidorianos de la época de Beda, de los cuales cuatro son *Etymologías*. Así mismo, Alcuino de York, el genial renovador de la enseñanza carolingia, no desperdició ocasión de ensalzar y emplear a fondo a Isidoro. Por último, Rabano Mauro en su *De universo* saqueó a Isidoro, aunque a menudo transformándolo de manera que quedara más orientado a una formación estrictamente cristiana, o, por mejor decir, eclesiástica.

En Italia, procedentes del oeste, encontramos copias en Bobbio, cerca de Milán (m. VIII), en el norte (m. VIII, 2 ejemplares), en Montecasino y en la región de Verona. En Suiza y Alemania, en el escritorio de Freising (Baviera), en Vercelli, en Berna, etc., del siglo IX. En St Gallen, por ejemplo, ya desde el último cuarto del siglo VIII, no sólo se sacan varias copias sucesivas de la totalidad de la obra, sino numerosos extractos de diferentes partes de ella.

Hacia el 800 las *Etymologías* se encuentran en todos los centros culturales de Europa: bien como imitaciones o selecciones, bien como ejemplares conservados o como simples referencias de su presencia en las bibliotecas. Sea como fuere, este éxito nos hace sospechar seriamente de la exactitud de ciertas afirmaciones que plantean la radical incultura de estos tiempos “oscuros”.

¿Qué puede aportar una obra tan extensa y tan erudita a la cultura europea? Se viene afirmando con demasiada vehemencia que la descomposición del Imperio romano y el impacto que las invasiones produjeron en la Europa cristiana empobrecieron rápidamente la cultura y descendió el nivel de conocimientos. No obstante, el propio J. Paul afirma que la Península Ibérica fue durante mucho tiempo depósito de tradiciones. En este sentido, Isidoro recurre a los fondos de las magníficas bibliotecas sevillanas para compilar los conocimientos útiles e imprescindibles para un cristiano con alguna formación. Desde esta óptica habría que ver las obras salidas de su pluma.

Las *Etymologías* vienen a ser la muestra de una especie de conversión isidoriana a la cultura profana. Es sabido que la técnica de elaboración de las definiciones adentra a Isidoro en el mundo antiguo, poniendo en boca de las autoridades clásicas muchos de los fundamentos que quería afirmar. En efecto, adopta el criterio de utilizar a estas autoridades para confirmar lo cristiano, toda vez que la verdad no puede ser más que una, y la ciencia entera debe ponerse al servicio de la revelación divina. Para Isidoro, el mundo antiguo y el cristiano no son contradictorios, sino una continuidad que él siente en peligro de disgregación por el esfuerzo reiterado de tantos escritos, enseñanzas y actividades religiosas y políticas que pretendían establecer con el mundo nuevo un orden distinto e independiente. De ahí que él se plantee la cultura antigua como un valor integrador. A la vez, Isidoro se esfuerza en presentar un método de acceso y localización de los grandes principios del saber. Efectivamente, la comprensión profunda de todas las cosas existentes se realiza mediante la interpretación de los vocablos que lo designan. Siguiendo a C. Codoñer, realidad y palabra se identifican hasta confundirse.

Con la llegada de los musulmanes, el ambiente cultural de la Península no se interrumpió, sino que de él surgieron “tres solares diferentes de cultura” —en expresión conocida de Sánchez Albornoz—. El primero de ellos, formado por los cristianos que permanecieron en sus viejas sedes, los mozárabes, que no olvidaron la tradición isidoriana. Así lo acredita el *Liber Glossarum* —del que más tarde trataremos— y la devoción que todavía mostraban por la cultura clásica Eulogio y Álvaro, a mitad del siglo IX. Un segundo solar perduró en las creaciones científicas y eruditas de los musulmanes de Al-Andalus, que recogieron la herencia intelectual hispano-goda, como los de Egipto, Siria y Persia recibieron las de tales países. El último de estos elementos, el correspondiente a aquellos emigrados hispano-godos

que cruzaron los Pirineos huyendo de los musulmanes, contribuyó a provocar y a desarrollar el llamado “Renacimiento Carolingio”. Estos aspectos nos llevan a dos reflexiones importantes. En primer lugar, este hecho no nos tiene que hacer pensar que los movimientos de manuscritos se debieron sólo a los desplazamientos de gentes cultas que huyeron ante la presencia musulmana después de 711; es decir, estos serían los responsables de la emigración de códices isidorianos hacia Europa. Ello ciertamente es posible, pero más fácil será contar con otros procedimientos, de empleo común en todas las épocas. Y en segundo lugar, si grande ha sido la desestima por la obra de Isidoro o por el proceso de elaboración y desarrollo del *Liber glossarum*, igualmente grave ha sido la falta de consideración de la historiografía por la influencia directa de los autores hispanos en el “Renacimiento carolingio”.

Por lo que se refiere a este segundo aspecto, en la elaboración del “Renacimiento Carolingio” colaboraron sobre todo Teodulfo de Orleans, Claudio de Turín y Agobardo de Lyon. Teodulfo de Orleans era visigodo de origen. Provenía –según Vezin– de España, y más concretamente de Zaragoza o del Sur de la Galia. Fue obispo de Orleans a finales del siglo VIII, en todo caso antes de 798. Con su labor cultural, contribuyó decisivamente al “Renacimiento Carolingio” y al conocimiento de la colección canónica Hispana en medios eclesiásticos. Se trata de uno de los espíritus más cultivados y –en opinión de B. Gazapo– del mejor poeta del “Renacimiento Carolingio”. Conocía perfectamente a Virgilio, Ovidio, Prudencio, Fortunato, a los que interpretó personalmente de forma maravillosa. Además practicó todos los géneros poéticos: la descripción, la elegía, la oda, el himno, etc. Magnífico teólogo, como Alcuino, intentó mejorar la edición del texto de la Vulgata. Igualmente se le ha querido hacer autor de los *Libri Carolini*, tratado escrito en 791 en la Corte de Carlomagno para responder al Concilio de Nicea de 787 sobre el culto a las imágenes.

Si Teodulfo había constituido un islote dentro de Orleans, la ciudad de Lyon parece contar con una gran colonia de clérigos procedentes de Hispania o de Septimania, en especial durante la etapa de gobierno del obispo Leidrade, en la segunda mitad del siglo VIII. De esta época queda un código con obras de poetas españoles anónimos o la colección canónica hispana. Aunque sin duda, la gran aportación hispana es la producida por Agobardo de Lyon.

Este autor forma parte de la segunda generación de intelectuales carolingios, contemporáneo de Luis el Piadoso. En el año 782, cuando contaba con trece años, emigró a la Narbonense, acompañando al abad Atala, y en 792 llega a Lyon. Allí entró al servicio de Leydrade, amigo personal de Alcuino y hombre de confianza de Carlomagno, y demostró, sobre todo, una honda preocupación por la tarea de copia de manuscritos. En esta línea, compuso unas treinta obras ciertamente más originales que las de épocas pasadas, demostrando una mayor madurez y un buen dominio del humanismo antiguo. Algunas de ellas son de reflexiones políticas en sus debates con Luis Piadoso, su gran rival político. También consigue para su catedral el testimonio más antiguo actualmente conservado de las obras de Tertuliano, el celebre *Agobardinus*.

Por otra parte, Claudio de Turín termina como obispo en esta ciudad italiana (818) después de haber ejercido una parte de su carrera junto a Leydrade en Lyon. Nació en el siglo VIII sin que se pueda concretar ni el año ni el lugar de procedencia. Fue al llegar a Turín cuando comenzó la etapa de su vida por la que pasará a la historia: el pacífico escriturista que había redactado ya la mitad de sus obras, se convertirá en luchador implacable contra el culto de las imágenes, ordenando destruirlas ante el rechazo violento de sus diocesanos.

Estos tres autores suponen sólo un ejemplo de la aportación del mundo hispano al “Renacimiento Carolingio”. Sin embargo, son muchas las dudas que todavía nos asaltan a la hora de aclarar el origen de otros autores presumiblemente hispanos, así como evaluar el peso real de su contribución cultural, su originalidad y la repercusión de sus obras. Igualmente, deberíamos llegar a conocer en ellas el verdadero aporte específico de la cultura hispánica y el grado de elementos importados. Sólo de esta forma seremos capaces de conocer el auténtico papel de nuestra cultura en la Europa cristiana.

En general, la historiografía al uso apenas ha tenido en cuenta el papel de lo hispano en Europa; por contra, sí que ha definido como substancial lo europeo en España. Es frecuente encontrar en la bibliografía especializada una gran cantidad de motivos supuestamente importados (obras, elementos gráficos o lingüísticos, etc.), que en ocasiones rayan en lo sarcástico por exceso de pudor o, las más de las veces, por falta de elementos para su estudio. Se dijo con anterioridad que la expansión por Europa de las *Etymologías* fue muy rápida desde su publicación, sin



embargo el panorama en la Península es –y citamos a Díaz y Díaz– “complejo”. De esta manera, cuando en el siglo X y XI encontramos copias de esta magna obra en La Rioja y en Castilla, ciertos indicios paleográficos llevan a Díaz a sospechar “con bastante fundamento” que los modelos no eran peninsulares, sino que habían llegado acá desde las Galias a través de los Pirineos, o acaso mejor vía Cataluña. Y no sólo esto, sino que desde La Rioja y Castilla un ejemplar de esta serie emigra a Toledo, donde da lugar a una copia, que dobla con una tradición ultrapirenaica, la conservada en Toledo desde época visigótica.

A la hora de determinar la transmisión de un monumento escrito hemos de dar como válida cualquier posibilidad; ahora bien, se nos permitirá afirmar que tesis como la que nos ocupa resultan ciertamente forzada. Y es esta nuestra posición porque, primeramente, se nos viene a decir que la obra emigra en masa más allá de los Pirineos, de tal forma que hasta llegan a perderse los signos de su existencia en la bibliotecas hispanas, y que la conocemos gracias a que, siglos más tarde, alguien proveniente de solar francés la pone en manos de los copistas hispanos, que se encargan de distribuirla por toda la Península. En suma, este hecho, por simple lógica, resulta al menos sorprendente y sospechoso, y anula cualquier posibilidad de que la obra hubiese permanecido en España durante la Alta Edad Media.

Pero es que, además, nadie se atreve a replantearse algo tan sencillo como que algunos de los elementos característicos de estos códices, y que son tenidos como carolingios, puedan ser o universales o salidos de la propia Península. Y nos estamos refiriendo a caracteres gráficos utilizados en los textos con distinta suerte. En efecto, tomamos a modo de ejemplo algunos rasgos procedentes del código de la Real Academia de la Historia de Madrid, número 46, y que ya se encuentran documentados en textos anteriores peninsulares. Entre otros, destacan: la abreviatura *l* con travesaño para el valor de *uel*, que ya se localiza en una pizarra visigótica de 642-649; la abreviatura de *per* con línea cortando el caído de *p*, rigurosamente autóctona, que igualmente se documenta en las pizarras estudiadas por I. Velázquez (núms. 5, 31, 42, etc.); lo mismo sucede con la vocal *í* partida por una rayita para *ín*, hallada en una pizarra de Ávila del siglo VII, por no olvidar el frecuentísimo nexa *-st*, también ya en la pizarras visigóticas, etc.

Igualmente deberíamos plantearnos otra importante cuestión, que en este momento estudio en profundidad con mi hermano Claudio. ¿Qué sucede con la pre-

sencia del grupo *-tj-*, algo tenido por hispánico y que se encuentra presente (en distintos grados de evolución gráfica y fonética) en varios códices de procedencia francesa e italiana, escritos en carolina y beneventana, algunos de ellos de los siglos IX y X? ¿Podríamos pensar que se trata de una característica universal, que escapa del territorio visigodo? O por el contrario, ¿estamos ante textos propiamente hispanos y su presencia se debe a que fueron copiados de códices en visigótica, que sí contaban ya —como bien se aprecia en las pizarras antedichas— con esta característica gráfica?

Por último, nos referiremos a los glosarios altomedievales, una tipología documental que podríamos conceptualizar como novedosa ante la falta de interés que ha despertado a lo largo de la segunda mitad del siglo XX. Y más en concreto, vamos a centrarnos brevemente en el glosario de los glosarios, el *Liber glossarum*, la colección mayor de glosas que circuló en la Edad Media; el más importante y el principal instrumento de trabajo de los carolingios, en palabras de David Ganz.

Para algunas líneas de investigación, se trataría de un glosario compilado probablemente en el siglo VIII y en ambientes muy influidos por la cultura visigótica en el Sur de Francia o mejor quizás en el Norte de Italia. Por su parte, Díaz y Díaz va todavía más lejos y afirma que el nombre del compilador sería Ansileubo, apelativo con el que también suele denominarse a esta ingente obra. Sin embargo, Goetz, el prestigioso latinista alemán, le atribuye sin ninguna duda origen hispano. Para este autor, el compilador pudo ser uno de esos cristianos que permanecieron en sus viejas sedes manteniendo la tradición isidoriana y que debió de emigrar hacia el norte antes del 750.

Sea como fuere, el primer testimonio conocido procede de la región de Corbie, a donde llegaría después de haber atravesado los Pirineos, quizá de camino hacia el Canal para dirigirse a Irlanda. De seguirse esta ruta, ninguna región podría presentar mejores y más abundantes títulos que el norte de Francia.

El contenido de esta magna obra altomedieval y el de otras de menor relieve, combinados de distinto modo, fueron la fuente de numerosos y variados glosarios, que circularon incesantemente en la época medieval. En él se mezclan distintos glosarios, las *Etymologías* de Isidoro —cuyos artículos, algunos ocupando folios enteros, se pueden contar por cientos—, citas de Jerónimo, Ambrosio, Agustín y Gregorio el Grande, los *Sinónima Ciceronis*, Virgilio, Orosio, Eutropio, tratados

de medicina, etc. Con todos estos fundamentos se crea un vasto diccionario de latín con verdaderos artículos sobre ciertos campos semánticos, como el sol, la música, los animales o España. Pues bien, la presencia abundante de fragmentos de diversos autores nos plantea infinidad de preguntas. ¿Recoge en su interior obras completas, ordenadas alfabéticamente mediante aquellas voces de mayor entidad? ¿Añade distintas versiones a las conocidas, ya que, en muchas ocasiones, las lecturas que presentan los textos isidorianos o vergilianos y los recogidos en las ediciones publicadas son muy diferentes? Y todavía más: otros textos que el propio glosario nos ofrece como isidorianos –y que por su contenido y forma así lo parecen– no se encuentran en las distintas ediciones que sobre su obra se han publicado.

El *Liber glossarum* es una enciclopedia basada muchas veces en la ciencia etimológica, pero alfabetizada. Entre las distintas funciones que presenta, tal como ocurre con otros glosarios, predominan la de su simple consulta. Así queda de manifiesto en los abundantes datos, aunque insuficientes, que aporta en su magnífica obra P. Riche. Por otro lado, es creencia general que, además, esta obra se usaba muy frecuentemente como fuente para añadir glosas a textos distintos o como fuente de sinónimos para que los escritores pudieran variar sus expresiones, y también como cantera de términos infrecuentes que, por esta misma condición, confieren a un texto aire de mayor preparación y riqueza exterior con que encubrir a veces la pobreza o monotonía del contenido. En conclusión, tanto el *Liber glossarum* como otros glosarios se utilizaban a veces, por razones de estilo o de incompetencia verbal, como fuentes de variación léxica en los escritos. Lo habitual, sin embargo, es que sirvieran para entender los textos y enriquecerlos añadiéndoles nuevas glosas. Pero, insistimos, este glosario solía ser de utilidad en la ilustración y aclaración de cualquier texto.

Frente a otros compendios, caso de las *Etymologías*, la tipología denominada *glosario* es un elemento librario siempre vivo, en constante cambio. En el diccionario de los diccionarios se producen innumerables adiciones y contadísimas cancelaciones conforme se vaya utilizando a través de los siglos, de ahí su importancia para conocer el proceso de cambio que introduce la Alta Edad Media y la evolución de los registros lingüísticos, que dejan de ser latín para convertirse en romance.

Todos nuestros estudios nos llevan a afirmar, aunque siempre con una gran cautela, su origen hispano. Y decimos que el *Liber glossarum* puede ser español por la presencia masiva de testimonios isidorianos, de los *Sinónima Ciceronis*, de Vergilio, etc. Falta, sin duda, un estudio serio sobre el origen de los restantes autores que componen esta y otras grandes obras. Su conocimiento facilitaría la tarea de determinar el lugar y el momento exacto de compilación.

El texto más antiguo conocido del *Liber glossarum* (BNP 11530) está escrito en minúscula carolina del siglo VIII o primera mitad del siglo IX. Los artículos presentan elementos paleográficos inequívocos de haber sido tomados de un código hispánico, rasgo que, igualmente, caracteriza a otros códigos copiados en Corbie. En el plano gráfico, presenta múltiples particularidades propias de la letra visigótica, como la confusión frecuente de a/u (*Pannica/Punnica*; *prestricturas/prestricurus*; *egestas/egestus*; *quadrplex/quadruplex*; *crescant/crescunt*; *fractum/fructum*, etc.), a/o (*pasco/posco*), o/u (*reuola/rabula*), g/c (*greditosibus/creditibus*; *pirgus/pircus*, etc.), f/p (*olimfos/olimos*), g/i (*uagula/baiula*), s/r (*passimonia/parsimonia*), t/d (*fitafida*), u/f (*olograua/olografum*; *parasceue/paraschephe*; *pauum/pafos*; *prouectus/profectus*, etc.), presencia constante de -tj-, etc. En el plano fonético, imprescindible complemento de lo anterior, se testimonian infinidad de metátesis, generales en los códigos hispanos que estamos estudiando, así como ditologías y aplologías. Igualmente es preciso recordar la presencia de elementos romances, en especial *que* por *quia*, y la de otros elementos como *ponte/pons*, *pomones*; *marrubium: herba campestris amara*, etc., que no hacen sino exponer con claridad la influencia cultural hispana más allá de los Pirineos.

Hasta ahora, ya se ha mencionado, se viene prestando escasa atención al estudio de los glosarios altomedievales a pesar de que constituyen uno de los más valiosos medios de conocimiento de los ámbitos históricos y filológicos. Entre otros destacan los métodos e instrumentos de enseñanza de la época imperial romana y de la alta edad media. Constituyen, sin duda, importantes procedimientos divulgadores de la cultura léxica y gramatical. Igualmente, sus artículos nos informan sobre la sociedad, las religiones, las formas de vida y las mentalidades. Suponen, también, un medio para el conocimiento de la formación de la técnica lexicográfica, del latín español en la Edad Media y del protorromance hispánico. En efecto, se trata de textos llenos de frases latinas corrompidas y deformadas, en que se encarnan fenómenos fonéticos y gramaticales interesantes, que constituyen, fre-

cuentemente, elementos de transición hacia las lenguas romances; sin olvidar la presencia de formas completamente romanceadas.

Por lo tanto, a la vista de las posibilidades que nos brindan estos glosarios, deberemos desarrollar el método de trabajo más idóneo para llegar a conocer algo mejor estos siglos fascinantes, pero todavía insuficientemente conocidos y de difícil estudio. Entre otras cosas, habrá que intentar superar la carencia actual de investigaciones concretas. Sólo el estudio pormenorizado de cada uno de los códices nos ayudará a comprender por qué ciertos textos fueron copiados en un momento dado en cierto lugar, y qué modelo –y de qué origen– se utilizó para ello. También podremos dar un paso más en el conocimiento de la circulación y transmisión de los manuscritos, investigación clave para estudiar los distintos momentos culturales de una época o de un estado.

Uno de los caminos seguidos tradicionalmente para vislumbrar la circulación de textos consiste en obtener datos de las llamadas “bibliotecas de autor”, que se reconstruyen a menudo recogiendo y clasificando las citas de autoridades mencionadas en sus escritos. Es muy difícil conocer tales bibliotecas con certeza en los detalles, entre otras razones porque hay que contar con el papel desempeñado en ellas por las antologías, las citas de segunda o tercera mano, las glosas, etc. Además, debemos advertir que una lectura parcial o el tomar una nota apresurada eran técnicas utilizadas en la Alta Edad Media con más frecuencia de lo que suponemos comúnmente.

Por otro lado, a nadie se le escapa la importancia de los avances que se han ido produciendo en los campos paleográfico y codicológico. Sin embargo, no siempre es posible situar un manuscrito con absoluta seguridad en un lugar exacto y en un tiempo concreto, a no ser que él mismo nos proporcione la información correspondiente. Para ello será necesario llevar a cabo estudios multidisciplinarios, en los que se tenga en cuenta otras especialidades, como, por ejemplo, la historia, la teología y la historia de la lengua. Cada especialidad por sí misma quizá no dé resultados totalmente apetecibles; sin embargo, de la mano de la historia, de la arqueología, de la paleografía y de la codicología los resultados pueden ser francamente interesantes y, en cualquier caso, muy enriquecedores.

Quiero terminar esta intervención, afirmando que la España hispanogoda debe ser considerada como una de las últimas y más valiosas manifestaciones de la

cultura antigua; que Isidoro no ha sido suficientemente valorado ni en España ni fuera de ella y que sus *Etymologías* constituyen la compilación enciclopédica del saber antiguo y medieval más imponente. Y que los glosarios, fundamento de conocimientos y de saberes, se convertirán en los próximos años en una fuente de investigación histórica, paleográfica y lingüística de primera magnitud. Ambas obras son, hoy por hoy, uno de los eslabones fundamentales para el mantenimiento y recuperación del bagaje cultural hispano-romano y alto-medieval.